

Ni el color naranja

Siempre me gustó la tapicería de ese coche. Por entonces las madres a los niños no nos decían que nos lavásemos los dientes. Éramos todavía muy pequeños. “Muerde, muerde corazón”, tampoco. Pero yo mordía cada vez que me sentaba y se despistaban. No recuerdo que me pegasen por eso o que le echasen formol u otras cosas a esa tela, medio de hilo medio de cuero, mi recreo, bocado y de todo en el coche. Me gustaba, es de los mejores recuerdos que tengo de una infancia que no fue. A mi modo habitaba un cuerpo que concebía como extraño. Ese cochecito soleado me abrumaba y atraía. Sí, morder la tela era un medicamento anti-rechazo. Podría considerar que mi infancia no la concibo sin ese colorcito del coche, al igual que con la cama de madera en la que me arriostraba cada noche, de tono ligeramente menor.

-Pronto me habré ido- casi que decía a los cuatro angelitos en ella.

Nunca hice las preguntas apropiadas, tampoco me explicaron que uno no para de mudarse. Y así sigo, intentando no hacer nada si no tengo un seguro con el que cubrirme las espaldas, si bien, el dinero, que es miedoso, de poco vale en este crepúsculo de máscaras... Ella parece haberse desatado:

-Aunque seamos diferentes, tenemos el mismo corazón caballerito. Sí Pedro. Si te vieras con mis ojos me entenderías- insiste la dama.

Y no paro de elucubrar aquello del “más vale pasar página que no que te la pasen”. Todo, porque por muchos avances médicos, hay gente que está impedida. Su sistema motor es la alegre tristeza: todo vida interior y la lisonjera rendición... Inés no puede caminar. Su sempiterno recuerdo es ese, teniendo en cuenta todas las distancias de nuestra ilusoria sensación al vernos. Apenas

conectamos. Me siento más lejos que la pálida luz de las sirenas en la meseta central, soy un gigante enterrado al que le falta tiempo para huir. Entre tanto, ella deshoja la margarita.

-Tranquilo, todo son segundas partes- me hace saber en la línea del frente.

Y hace hincapié en las propiedades terapéuticas, más no termino de creerla. Esa intratable fuerza inútil de ir en silla de ruedas me puede. Encima está el saber que esta mujer seguramente llevará toda la vida sin un “te quiero” de los que delinquen, cual drama de los malos como si de un embarazo infantil se tratase. Todo son razones para la melancolía. Llamarse “Nadie” le hubiera quedado mejor a esa concubina pretendiente... Huelga decir que me sabe mal sacar el tema de los bastones de *trekking*. Ayer a mediodía los devolví. Precisamente porque cuando hago senderismo no me apoyo en nada ni nadie, me encuentro mejor suelto. Y mientras pueda no preciso de ayudas externas. Ya llegará la deuda, y que sea la más grande, aquella que pagan todos los hombres: la muerte.

En lo que sí coincidimos es en la torre de monedillas. Supongo que ella las usa para que las miradas no sean lastimeras, y para los escalones, que son muchos. Eso de la accesibilidad siempre estará en ciernes en un entorno en donde la gran mayoría obviamos a los minusválidos. Sus días son muros frente al resto de seres humanos, con el escabroso erotismo incluido, parece ser... La pureza revolucionaria no le convida a callarse, espera mi decisión, y tira de ese cuello de ánfora. Tiene todos los libros de Jane Austen: *Orgullo y prejuicio*, *Sentido y sensibilidad*, *Emma*, *Persuasión*, *Sanditon*, *Lady Susan*, etc. Parece atrapada en alguien que no puede salir de sí y busca otras vidas. Es justicia

extrema, de lo poco que puede hacer por sí misma: la satisfacción de la espera y esas cosas, poco más.

Lo que yo leo son otras cosas, se ve que a mi modo las flaquezas me llevan por otras alquimias para acabar en la misma marca del meridiano, porque sí, Inés parece una majestuosa jirafa blanca. Al tiempo que me espera examina la idoneidad. Calla, hija y anfitriona; mira detente. Sabe que ya siempre recordaré su nombre. Siento que se ha estado preparando durante toda la vida para este momento. Es contundente, y no defrauda la que incluso en su nacimiento apenas podía moverse. El azar nunca la relacionó con esa suerte. Y es uno de esos extremos en los que nazco. No es casualidad que esa mirada al pasado me atraiga. Toda ella es una larga presencia desaforada, el cómo porqué el cielo es el infierno. La vida le cambió o pudo haberla cambiado y no lo hizo. Este hecho contribuye a que la vea guapa y dotada de un fondo social y cultural de cuyo bagaje podría obtener la mejor rúbrica. Es pura de por sí, es su mejor aval. Desemboca en las diferentes vidas posibles, recuerda lo que nunca muere:

-No esperes nada salvo sufrir menos- me dice apátrida, para valorar y emplearse. -Uno siempre es culpable del daño que se deja hacer.

Las sienes me laten a un ritmo frenético, y en cambio su retrospectiva es entusiasta. ¡Hasta se ha puesto una liga! Donde ha podido, apostando.

-Nos han hecho creer que somos libres, que tenemos capacidad para controlar nuestro destino, y que podemos conseguir aquello que nos proponemos. Me miras y ves frustración ¿verdad?- pregunta. Pero a su vez lo condiciona –Ante lo aleatorio se toman decisiones Pedro. Mira- coge mi mano y se la lleva al seno de la nada.

Sí, soy Pedro. No quiero que todo sea una simulación. Prefiero que ella lo crea como un amor cotidiano, por si me investiga, qué lo habrá hecho a su modo y manera. La noche de antes le dije mi nombre y apellidos. Hoy la mujer reticulada soy yo. Afortunadamente no está muy activa, me da escalofríos cuando lo hace, no me reconozco. Soy como “El Coloso”, ese cuadro maldito del Museo del Prado que pierde también el marco, al que después de perder su consideración de Goya, va de una hipótesis a otra. Eso somos ella y yo, una estampa goyesca: alienaciones.

No obstante, a pesar de la discrepancia y el sol, somos la tormenta más perfecta de todos los campos. Así las cosas, juntamos los extremos del romanticismo: las razones y el cambio atemporal. Solicita hablar conmigo más cerca. Le parece que encaja más dentro de lo que son estos inicios... Tiene enjundia como para insistir sin reñir. Es curiosa, de voz grande en cuerpo pequeño, perspicaz.

Me acerco a su origen, tal vez ella también tenga dudas.

Se cambia de perfil. La respuesta de esa máquina es firme. Va consigo, es contigua, más que la dimensión del humo.

Me reclino como si fuera lo suficientemente grande para todos, argumenta honestidad y las líneas básicas de toda atracción. Le dedico todos mis instintos, si los hubiera. Ella también se adelanta y en cierto modo reclina. Supongo que es hermosa como pocas, la palabra perfección en una tullida suena mal, y la usa. Su voz dice eso, despeinándose:

-Quiero ser tu perfecta fugacidad. Lo quiero- recuerda. Y maximiza un doblez, irradiada hacia mi costado –en un minuto te espabilo Pedrito, agradece el hecho de que estemos vivos. -*On fire*, ¡Vamos!- exclama.

Imaginaba otro pedazo de cielo. Ese edén que me propone me es mísero. De ser un baúl la princesita no tendría nada de mágico e inimaginable. Y es más clara que un prospecto médico, la muy dispuesta, creo que en nada precavida:

-En el mejor y peor de los partos todos lloraban menos el recién nacido, Pedro. ¡Soy de verdad!, hoy no es ayer. Cógeme- escala en busca de su mecenas.

Lo que en sí es su coartada me gusta, parece que no habría delito. Pero es dura. De veras que ahora sí que empieza el pánico escénico. Tras reinventarse, ha decidido vivir el presente. Me he quedado como un monstruo, se ha desabrochado un botón, de esos que son gracia y escapan más que cubren. Echo en falta lo del otro día, cuando estuvimos charlando sobre economía, en concreto, las expectativas. Me vigilaba de cerca con su misma firma pero sin ese excesivo poder del querer tenerme adentro. Era mucho más laxa. Y bien que afirma:

-Hoy es el único negocio. Todo es cuestión de proponérselo.

Esto explica el por qué me siento tan pequeño a su lado. No hay costes a gran escala, proveedores y accionistas. Ella es la razón adivinada. Se muestra como una ciudadana común, convirtiéndose en más poderosa aún, por engrandecida.

-He estado en manos de muy pocas personas, por si eso te hace sentirte mejor- me denuncia de mala gana, respirando un aire diferente.

La realidad paralela es que no me queda otra que darle un beso... Es sencillo y a su vez clarificador, más por mí que por ella, de esos que se dan sin ganas. Un beso puede arruinar una vida humana, o ser el condenado

analgésico con todo calibre. El último fue a mi padre. Pero hoy no ha muerto nadie en esta catedral. Es a lo que se parece su casa, de puertas amplias y silencios como agujas de papel... No sé si en verdad estamos solos o no. Me dijo que el servicio se había ido. Con ésta son como los gatos, están y no están, no tiene dueño y a la par quiere siempre de sus mejores amigos. Los labios se me han quedado inertes, presentes e intrascendentes.

-Sí cuentan los que no cuentan- insiste.

Me tiembla la noche en pleno día. En un mundo donde ya no caben más matices me tiembla hasta el aliento. La froto contra mí por los bolsillos. Poco a poco. Su discurso es heroico, quiere de esos momentos estelares. Es parálisis y es gesto.

-Pedro, siempre queda algo por vivir, pero no le dedicamos tiempo. Acompáñame. Llega la hora de hacerte crecer, bichito.

La magia del silencio y la utilidad del deseo me ayudan bien poco, nada se opone a su noche. Intimista, aparatosa, sin dramas ni epopeyas tan sólo nos queda el conflicto emocional. No me termina de sentir errático, sobrevuela en su engranaje, donde me resulta casi imposible discernir tocándola. Huesos, tendones, cartílagos, su piel me es mecánica. Me siento detestable con tanta expiación como delicadeza. Pone en verdad todas las tribulaciones que uno sueña cuando tiene fiebre. De algún modo es verdad absoluta. Inés y su inabarcable cabeceo se alejan. Recorto.

En mi defensa toso, en una extemporánea intensidad.

-Tráeme a mí también un vaso de agua de la cocina por favor, ¡anda Pedrito!- se significa en su acto de amor.

Las tinieblas me nublan el alma y el entendimiento. Contra el silencio de las normas apenas puedo. Ser cómplice y gestionar esto de forma sostenible me puede... No sé por qué me dejé convencer, debería de estar superando los límites del yo de otro modo. La fría voluptuosidad de esa mujer que se cree una adolescente me puede. Jamás seremos dos medios panes o un pan y medio.

¡Hostias!, lo que faltaba, la del ferrocarril subterráneo practica eso del darse ánimos sin sutilezas, a lo William Blake: *Ningún pájaro se eleva demasiado alto, si vuela con sus propias alas*, reza en el frigorífico. Para bien o para mal, esta casa es parada obligatoria. Decidida, moderna y segura ya lo estaba por la mañana, cuando se retrataba junto a la que fue mujer del pintor Max Beckmann, Matilde von Kaulbach. La obra "Quappi con suéter rosa" le cambió la sonrisa. Iba igual de vestida que ella. El collar grande de doble vuelta, la falda larga y marrón, y ese pelo cubierto con el pañuelo dándole una nueva objetividad. Su vida la deja a un lado. Ese sueño como causado por una abeja no lo atisbé en profundidad hasta que basculó la silla cual bailarina hacia su dormitorio. Para ella, de lo más natural, es el estado de las cosas. Ufff... siento soledad y una profunda sensación de libertad, no tanto como ella, supongo. Venir a mi metrópolis no ha sido un acierto. Me ha pillado con eso del veinticinco aniversario del Museo Nacional Thyssen Bornemisza. Su cortesía y mi aislamiento, o viceversa, constatan que los dos tenemos una silla de ruedas tallada a nosotros mismos. La utilización del color rosa, las formas simples y la deformación autónoma de su movimiento no me impide verla dificultada en su baño, pasándose la esponja... Es una de las máximas que tengo con esta mujer. Protagonista, parece una amazona, luego, me es inacabada por más

que me quiera representar todos los veranos en uno solo haciéndome de puente entre tantos crepúsculos.

Como si fuera un espejo, su silueta se oye. Pareciera que se alza... Ufff, es tan raro eso como saber de un dentista que lee en vez de fresar muelas. Se van viendo, pero cuesta. En todo caso su frigorífico no deja de ser un acicate, pareciera que la tullida tira millas pegando frasecitas en el portón. *Conocer una cosa es estar en unión con ella, estar en su interior y abordarla desde dentro. Manteniéndose en el exterior, es imposible conocer su esencia. Para conocer las cosas no hay que diseccionarlas, más bien unir las a otras* (Alassane Ndaw).

En el interior de una caverna me encuentro yo, visitante y prisionero. El mundo, que realmente es, me niega. Y feroz, me llama con ego, carácter:

-¡Pedro!- anuncia, -no hagas lo mismo de siempre. ¡Ven!- se arranca con oficio.

Mi ceguera es absolutamente reaccionaria. No me veo. No estoy por correr a sus brazos. Lo imaginaba todo distinto. No soy como ese anciano que se acercó a urgencias para no pasar el día de su cumpleaños solo. El timo de la autoestima me puede. Y es que uno no sabe dónde mirar, lo tiene todo parafraseado: *Sus cuerpos no dormían juntos, pero su mente y su alma hacían el amor todas las noches...*

Todo son hojas de otoño en esta cocina, romances de falsos revolucionarios. ¡Menos mal que el pacto de verosimilitud es el agua!... ¡Joder! esta princesa parece haber trabajado como domadora de dragones. El fregadero lo tiene refinado como una sala de muñecas, absolutamente a contracorriente, prácticamente desapercibido... Será la crónica de una

decadencia, recrea minuciosamente esa sociedad devota, ensimismada. Me hace sentirme un miserable. Revierte.

-¡Ven!

-Voy, voy. Tranquila, ya voy- respondo sin pegada.

Cada vez que habla es la muerte de un amanecer, me empequeñece la dama. ¡Y eso que pensé que nunca encontraría a nadie! Yo mismo soy mí mismo frío. No muero de deseo, la culpa no me deja aceptar los errores. Y ahora me debo a ella, mi profecía, mi excusa, como a quien ama el mundo enjuto a su propio cuerpo. Eso hace. ¡Más quién deja a alguien por nadie!

Bajo el puente de los vientos, el amargo don del olvido y esa densa madeja de la colcha, recolocada, le hace de edredón. Es un vaporoso mar contaminado. Telarañas que retan al porvenir. Incluso tiene un avisador centinela.

-Quiero mudar la piel sobre ti- pide; los ojos queman con dolor punzante.

Ha sonado como el aullido de un gato pobre, más romo que incrédulo. Es caos y es magia, porque anida cual monstruo en la tenue oscuridad. Todavía duele verla. Estremece la dependencia. No puedo dejar de mirar de refilón a la silla; aliso ese infierno con la razón herida de que se haya bajado ella solita, sin mi ayuda. En eso, en parte, ha sido la niña de mis amores. Tiene sus verbos la loba:

-Ven conmigo- materializa, y el tiempo desabrida mi ser.

Henchido en el sucesivo otoño como que me hago más el remolón, enhebro ese –ven- con el pasar de largo, recogéndole el suéter rosa, salvación posible.

Multiplica sus sombras en el mismo laberinto de adoquines. Con jirones dibuja claroscuros, menciona mi nombre como si fuera de cristal:

-Pedro... ¡Pedro!, sí, ¡tú! Cuídame- energiza segurísima.

No es un horizonte empático del tenerla y pecar, mi sangre es indecisa, casi que corro. Inés es ruina en su estar fragmentado.

-Sólo hasta donde me necesitas- dice la muy golfa.

Sin entenderme me invita, y eso que parecemos tres tocando la tierra que no el cielo. Vuelve a mí ese mí mismo frío, huella peregrina y el sudor a este trabajoso día. Ella acumula codicia. Sus piernas parecen poderosos castillos bajo esa vigilia y mi miedo. Entenebrezco. Y sigue llamando a la pared vacía, en su verticalidad:

-¿No tienes hambre de mi boca?, ¿no me quieres probar Pedrito?

Exiguo, ceniza sobre ceniza, fijo mis convicciones, prejuicios y tradiciones en su otra condición. Aprieto y calumnio:

-Eres hermosa preciosa, no quiero ser tosco, por eso recojo y me hago al todo- le digo. Creía conocer al enemigo, me callo.

En nada ambigua me ofrece una mirada muy viva. Capto esa complacida sumisión, sobre todo al dejar caer su mano por afuera del colchón, donde inculto e intransigente, un poco animal, servidor de un pueblo inconformista me reclino para que todo esté bien, incluso esos zapatos que la premian. Como a sus ojos, les falta el beneficio de su propio lucimiento. Padecen y saben de salud. Son como los de nadie, immaculados. La noche de un día ya no la puedo demorar más, el heroísmo también es obediencia pasiva. Somos ola y sombra, el alegre fin de la alegría. Y como si fuera una madre me encuentra. Tira de mí tan suave y decidida como si mi pantalón fuera una

alondra. Vagos relámpagos siento, una tumba adecuada. Callo y dejo que sea la misma quien batalle. Es tempestad interior, es autoridad. Soy el nido para el búho, ya no hay tentativas de evasión. Estamos. La pobreza es buena vecina, no hay efecto primavera. Somos mármol contra granito, entre tiempos. Sus piernas me son rodeos a todas las estrategias. Ella no puede y yo no quiero tocarlas. Pareciera que hubiera dos sillas en vez de una. Tocamos a tristeza y media; de rosa, las travesuras al viento enfermo me sabían distinto, firmarí.

-Espera- le indico a la pilluela, jubilar.

Doy con la pista perdida, no atinaba a desabrocharme. Atracción y extinción. Somos hierba oculta y lluvia que se borra, somos el equívoco y la noche que se deja entrever. Ya no hay nobleza ni toga. La toco, sí, soy servidumbre, suya y mía. Irradia una transparencia... vasta y hermosa. Sus ojos me toman medidas y hacen cálculos. Y obra en armonía con sus palabras, el diablo no ha perdido el tiempo:

-¿Eres tímido mí vida?, ¿no te parece? Igual te la quito- plantea.

Sonreír, no siempre significa ser feliz; quizás lo esté notando.

Ratonea clareándose sus comisuras, cobrando vida:

-Mira, así sabe la muerte.

Tras el beso me hago el ingenuo. Es su consuelo y mi callada. El que no es humano debo ser yo, parezco una máquina, inmóvil, frío y calculador; pernoctando en un vaivén, casi secuestrado, y cómo no diluido. No obstante, vuelve a intentarlo.

Tiene sobre sí parte de mi carne, me es complicado girarla y sernos alguien, abrigo y tentación. Cuesta llevarla y ceder...

Al cabo de un tiempo dejo de falsearle la realidad, no soy limosna alguna.

-Espera Inés- escaramuzo. –¡Espera!

-Así funciona esto- me trata de suavizar, recíproca.

Precisamente quien tiene más dificultad parece no estar más que en un altar.

-Podemos hacerlo más sencillo- me expreso, ladeándome sin reacciones excéntricas. Y confieso –me es complicado.

Ella me mira por entonces como un pedazo de tierra inútil.

Y la beso y digo, iniciáticamente. –Es que parecemos que llevamos una corbata retorcida; no puedo ser ni dueño ni señor tuyo, así no.

Y un poco lo entiende. –Nos falta tiempo, y secretos; parecemos muchachos.

Reímos, aún medio encorvados, tirando de reaños.

Uno no quiere, pero lo hace. Termino de apagarlo todo, anteponiéndole mi dedo índice en su boca, como cerrándosela y salpicándosela. Huésped, me mira quieta, y la estremezco de tumbarla del todo, olvidando el cansancio suyo y propio... Sería el mejor momento para salir corriendo, la dejaría sin capacidad de reacción.

De pronto oigo un gruñido.

La prudencia aconseja no preguntar. Ella lo dice todo.

-Nadie se asomará, tranquilo- sugiere a mi rechazo.

Y vuelve a quedarse muda y quieta, inmóvil como una estatua. Mientras, he ido y he vuelto a una cárcel siniestra. La expresión de su rostro sigue a tono. Se ilumina.

-No tienes que decirme quién eres, sólo sentirme- analiza.

Con ello contengo su hambre y evito que se me pase la mía. Me siento peor que un pecador sin su confesión, denoto que falta algo, pero quiero pensar que eso es problema de Dios. Intento meterme en esa medianoche... De ser un trabajo es duro y mal pagado. Inés y sus cabellos bien esparcidos parece que nada observa pero lo sabe todo, sentir es otra cosa. Se deja hacer, la expurgo. Ando errante, no sé muy bien cómo empezar a hacerla sollozar. Reconocerla es un castigo injusto para tan inocente belleza. Presente y resuelta sigue condenada a mi odio. Quieta, y ciega. Fragua la perpetua evasión del que yo le sea un hombre muy peligroso. Soplo aires, que la deben recorrer necesariamente... gritillos que resuenan entre los infinitos, aún inexpugnables. Hecho esto, imperturbable termino de desnudarme. Ella quiere saber. Quedo inmóvil, dejo esa primera postura a la meditación. A tientas como que busco sus zapatos, me siguen siendo visera en los ojos. Por fortuna no se escucha ruido alguno. Ella besa con un eco formidable, me sobrecoge y confunde. Sabe combinarme lo más violento. Lo mismo nació para puta, escucha y es impetuosa, pero manda.

Mascullo mi respirar en esa treta, parece que abato el espíritu de mi perdición. Ni me turbo ni quiero saber, en algún instante esas garras patéticas habré de esmaltar, aunque tengo una plegaria o una dulce mentira, no sé. De la curva de su boca querría yo saber si siente del todo o no. Es un pesar viudo, idiota. Ya lo pensaba en el museo, celebrando el encuentro. Sea cual fuera no implica cambio alguno, pero bien es cierto que me genera confusión. Ni contentos ni orgullosos lo hemos hablado. Ese fin de guardia de la columna de fuego nos hace sobradamente buenos.

-Quédate este día y esta noche conmigo- susurra.

Estamos en eso que vendría a ser el tiempo de *swing*, cuales salamandras, librando guerras con el corazón y la cabeza, a ratitos moviéndonos y en otro dejándonos suavemente, palpitantes y cada vez más próximos, jugando a ver lo diverso.

La que dijo haber residido en Ontario (Canadá) escribe sobre mi espalda, ya no es tanto mármol, como que se ha puesto las gafas. Mmm. ¡Qué momento más vergonzoso! Se da sus caprichos. En realidad, creo que me está poniendo a prueba, sabe que estoy a punto de hacerle la pregunta más rara y esperada. Su genealogía no le es extraña. He de reconocer que su reacción me suscita sospecha y desconfianza. Inequívocamente representa esa España endemoniada donde pareciera que todos tenemos un ogro bien adentro: diferencias aparcadas en aras de otras cosas. El discreto encanto de sus frutos caídos es pura miel, parece un mesías ininterrumpida. A tientas procuro no lastimarlos, sí besarlos dulcemente, y no me conviene saber. Son dos jaulas donde guardar los secretos y las mentiras, malhumoradas y mínimas. Cada vez que succiono levemente la mujer se envilece reflejando su insularidad. Es farsa, todo o prácticamente: no puede ser. El torso se le viene arriba, lo demás no. A mis ojos esa bruma le fascina, y eso que lo hace medio enfurruñada, en su flema, y poco dada a la corrección, como aparatándose y exigiendo. Quiere sentir lo que no puede. Desdeñaría cualquier otra digresión si con ello fuera feliz por siempre jamás. Es de las pocas certezas que tenía al abordar este trabajo. Así lo dispuse como evasiva para no tocar otras artes. Intento hacerlo lo mejor posible. Sus labios y los míos se recogen mutuamente, es lo más significativo que tiene como mujer. No me resigno ni le soy inconformista,

aunque le falten admiraciones en su seno, se las doy como oficio, soy más que mimos callejeros. Su suficiencia. Ella es una niebla engelante: está, sin ser.

Se contonea como si hubiera enamoramientos. Me pide serle, no doy crédito a su imposibilidad y la mía. Según me contaron, a poco que uno se pone, ellas responden, ya lo creo. Pero todo tan cabal es infrecuente, sobre todo cuando sigue con esa querencia de la inquietud por concebir algo más. Se ve que tiene una doble convicción. Tiene vileza desde el principio, no sé si podré serle su soldado en eso. Es tan formal y pautaada que lo capta todo. La que estudió jurisprudencia aparece y desaparece prestándome sus servicios, y yo, con el secreto, porque va a lo suyo:

-Tu rostro mañana- plantea. -Gracias, ¡y hazme el puñetero favor! ¡Ya!- exige.

Se desarrolla en tiempos de futuro también, expuesta a su intimidad. Y disfruta haciéndome rabiar al mordisquearme la oreja, cada vez amedrentándome con más parabienes, probablemente porque también perciba la amplitud íntimamente. El papel que ella juega, no obstante, evoluciona con nuestros tiempos. Ataca y se deja. Me entrecomilla cada vez que se apresura, dejándome en pilo-erección: hay muchas cosas que entran en juego. Este talante de salvaguardar el tabú y la apertura de miras junto a las motivaciones nos hacen cohabitar como si fuéramos monógamos, y eso que sigue sin trascender del todo su identidad. La juez respira y siente el crujir de todos los sonidos, fluye en lo rastrero que soy. Verticalmente plácida, como puede, me usa para encaramarse. Sus brazos llegan a amarme todo el cuerpo, no le repelen mis miedos. En realidad, también sobrevuela. Es la desaparición y la reaparición. Suele hacerme de varón e inútil. Quiere que la quiera, me estimula.

También es bendición. Hay muchas que ya se hubieran cansado, quizás por ello, se toma sus propias libertades:

-Anoche volvió otra vez la sombra, hoy te tengo- me dice la del rosa en su dormitorio, sin que sepa que la vanidad ajena no me resulta en nada estimulante.

No interrumpe sus abrazos, ni los rodeos de sus huesos; cuando puede. Y es verdad que todo se termina yendo, hoy no, hoy no merendaremos galletitas y el dolor de no irnos juntos de vacaciones o el poder adquirir una obra de colección, pasear. Fuimos y seremos siempre un par de coincidencias. Errores finales si acaso. La adicta a las novelas es muy suya:

-Tengo claro el libro de ruta, yo soy la inflexión que mejor te viene Pedro. Cuando revisemos un poco este mundillo mío ganarás- expresa sin ser latosa ni flojilla, sin duda consagrando este hacer tan suyo.

Lleva colándose en mi oreja y lo que no, tan convencida, rodeándome de secretos y vulgarizándome un buen rato. No busca agravios remotos ni causas nefastas. Entiendo que sabe de sus otras magníficas facultades, pues ni me expulsa ni me persigue, está como por encima del resto de las fuerzas.

-Descansa- le pido, desbaratándole su premeditación por esa zona.

Y no pone en cuestión la índole de su espionaje, me engaña con su nariz, expeditiva y virtuosa. Sigue aniquilada y dispuesta, boca arriba, y yo, malasangre, en una hipocresía absoluta, apuntando de reojo a mi inmoralidad intrínseca. Miro el suelo. Después de todo, siempre me gustó que llevase zapatos con tacón sin ni siquiera alcanzarla para un mero rescate. Es mi responsabilidad social, esa que me recorre de manera natural entre el

comportamiento racional y la capacidad del decirme para mis adentros “bueno, hagámoslo entonces”. Son coordenadas intangibles.

Inés sabe que los miro, me ha pillado en este momento. Y me envuelve en su cosmética vana y poco traducible. No la huelo, que sí la construyo, porque se deja palpar con tanta mesura que me gusta ese imperativo. Es la confianza de las intenciones. Incita cualitativamente. Poco a poco vamos desarrollando un hábito tendente a la adicción y a la recompensa. De todos modos, la anfitriona tiene su escalón inoportuno, o yo mi rasante. El termómetro nos guía a la lógica y la objetividad, muy a pesar de mi inseguridad. Ni soy un padre precoz ni un marido laborista o un recién nacido. ¿Se podrá quedar embarazada?, me pregunto. Es uno de mis mayores referentes en estas cosas. Eso del retoño no lo hemos hablado. Por edad no lo creo, pero cualquiera sabe ¿qué es lo que puede y no puede hacer una mujer? Tanto vivir en el papel que la realidad acaba pasando factura. Y luego está lo del ‘apartheid’. Seré un bárbaro, pero cualquier tándem amoroso debe saber gestionarse.

Toca la anatomía de la mente rota. Y la beso distinto, en un paraíso imperfecto:

-Hola, preciosa- digo con mimo, marcándola.

Me coge la mano.

-Las cosas no son como son, son como somos- argumento.

Esa transición sumergida en arrumacos y la violencia de entreguerras del ponerme encima, con una inocencia a base de bien y mal, nos hace fijos discontinuos. No termino de echarle todo mi peso. Estamos en áreas de

precaución. Pero ella, que tiene el idioma de las aves bien aprendido, me da un beso fantasma, con premio:

-Nada nos engaña tanto como nuestro propio juicio.

No me parece una loca, eso del ser lo dijo Da Vinci, ella sabe muy bien que lo sé, lo he leído en su cocina, la estación del desdén, donde a los sueños de sábados y otros días se les inspira distinto, yendo y viniendo.

Y llegan más confesiones íntimas, secuelas de la luz y esos momentos a los que nos hemos ido por separado:

-Una vez tuve que saltarme un semáforo, y no pasó nada. Eso es lo que tus ojos dicen de mí ahora. Pedro, te veo con el cielo roto. Tranquilo pajarillo. Vuelve.

Me siento un árbol repleto de dolor. Ella es la redondez de lo imposible. Está guapa. Hasta del mar tendría celos, su piel es tersa como la mejor de las manzanas, y los patrones de costura de tantas y tantas veces no se notan. Sé que he estado evitando esas cicatrices.

-Para la inteligencia emocional y lo que no, es bueno el sexo- comenta.

Por algún milagro, en un mismo lugar, creo estar a pleno mes de julio cuando sé que no lo es. Lo mismo me mareo.

-¿Necesitas ayuda para casi todo?- le pregunto. Y después me lleno de miedo, ella no, me aprieta siendo más mujer, muy moderna, hasta despectiva, fuerte.

¿Y si todo lo he complicado?, pienso en mis adentros.

-Estuve en un proyecto de asistencia sexual para personas con diversidad funcional, otro, no éste. Las había incluso con parálisis cerebral. Sí.

Nadie las proveía. La psicóloga especialista en neurorrehabilitación me dijo que podría cubrir mis necesidades. Y aquí está tú Pedro.

Lleno de dudas, de miedos, busco el principio:

-Lo de distrofia muscular degenerativa no suena muy bien, perdóname Inés.

-No vale cualquiera para superar la distrofia señorito. Porque tengo dinero, si así no lo fuera, seguramente estaría babeando casi automáticamente y con una sonda, no de quita y pon, y muy probablemente sin ti. Sin fuerzas.

Cierto sentimiento de compasión se apodera de mí, pero ella sale a la palestra:

-No soy ninguna santa ni ninguna heroína Pedro; esto es un intercambio más, como la cena o el regalo.

Y no me convence. Se me nota, mi mirada ya sí que se me ha turbado.

-Perdona, es mucho más- añade singular.

Propongo de inmediato no guardar más las formas, besándola con la atención previa al movimiento, en toda mi confianza y arraigo. Quiero que bese, que lo sienta, y que lo vaya adivinando conforme se lo dejo hacer. Su boca es mi propósito. Y además le pido que me arrope. Secuestro sus estímulos. Es, sin ser, la conquista del hombre, salvaguarda, retaguardia.

-¿Si te toco aquí me sientes?

Dirime su voluntad a la mía.

-Si fuera una pieza de arte de las que hemos visto, también te sentiría cariño- me dice.

Y me deja colocarme más, formando parte, vamos sentando las bases. Y luz, más luz, si no la beso me besa ella, despacito, adueñándose de la réplica. Trajina. Es mi miedo.

Aún con esas, conozco su frustración, la mitad de su cuerpo (hacia el lado izquierdo) no termina de sentir ni el morbo. Sabe que lo que hago traspasa el límite del derecho: le obligo a mentir. De eso se trata, de sentir. La recorro hasta que encuentro ese punto donde no es ella, el cambio donde pasa a ser parte de un informe médico. Entre tanto, medio conversamos y nos conocemos mudando esa funcionalidad sexual. Ella, en definitiva, sólo quiere que la trate como a una adulta capaz de todo. Completa ese hacer. Cuando me masajea soy diferente, porque casi que podría enamorarme si no supiera nada de ella ni de mí. Lo otro sería mentir, un mal *blues*, pero no me dejo, hay más factores. Es la epidemia del primer mundo: el sentirse solo, compadecerse.

Es un pervivir que acorrala. Cada parte de ella que toco tiene sus alegrías y sus penas. Combino a la mujer actual con la de la forma del agua, ni natal si acaso, esa que es puro elogio a la imperfección. Hay más vergüenza que soledad, cuesta ser y no pensar. De primeras, si no me hubiera parado, seguiría risueña. Hay momentos en los que se me cae el alma al suelo. Es otoño y es primavera a su lado, compases de golpes fuertes y menos acentuados, pero con decisión y restos, cambiando el ritmo, y no el doble papel de lo escondido, que ya toca, cada estación precisa de otra influencia. Me adentro también en esa mortalidad. No sé qué diría su psicóloga, o si eso que le hago le provoca alguna enfermedad cardiovascular o riesgo de infecciones,

pero no se retrotrae, tiene menos ganas que antes. Como que me mira desde la última fila, memoria de inconformidad.

-Pedro, no vivo en un centro social, estamos en mi casa, trátame con cariño.

Padezco como nadie ese solo obligado. Su exilio voluntario. No sé si me está pidiendo que sea cada vez más individualista o lo contrario. Y por comentarios, solo me sale decirle que es muy mona, guapa y esas cosas. Lo de su piel suave me tiene al borde del colapso. No conozco los secretos de este negocio, estoy por dimitir de ratos tontos.

También hay argucias menos legítimas, como lo de ir al baño, pero ella ¿cómo irá?... Educado y verdaderamente generoso me he ido del tema, no la estoy complaciendo, lo siento. Estamos en un momento crítico, se trata de una explotación imperdonable. No discutimos porque sería el peor de los castigos, de pararme cristalizaría.

Toma mi cabeza y me la pone a su altura.

-Patriarcado para unos y empoderamiento y liberación para otros- dice. - Ven, quédate aquí conmigo cariño. ¡Lígame anda bichito!, ¿no se dice así?

Ha subyugado esa tercera vía de la elección más íntima, sin normalizar su figura. Víctima o frívola, no sé si en verdad ayuda a perpetuar la relación (de poder injusto) o a todo lo contrario... Y no me lo creo, me acaricia el pelo y susurra muy suya. Lo hace fácil, no sé si se tiene que obligar a sí misma, pero lo hace... experimento placer, y da miedo infinito.

-Llámame Kate. ¡Sí disfrutas y te sientes mejor!, ¿de qué te quejas?

Dulce y putrefacta busca esa conexión, no lo oculta, de hecho se deja llevar. Es ella la que se me pone encima, a su modo.

-Tss. Quietecito. Yo sé del amor profundo. Tú aprende de tu propia sexualidad.

Es una mala novia o una esposa extra, algo parecido a la familia ensanchada, manipula. Es muy explícita.

-Parezco muy joven y soy muy mona ¿verdad?- se celebra.

Su placer es algo distinto, se centra en mi cuello de primeras... y en esas tensiones no tan latentes.

-El putero compra el cuerpo de la mujer como si comprase ropa; yo llevo dos heridas, la de la muerte y la de la vida. Si no eres tú será otro, una vez dada de alta... No te estoy pidiendo que me pongas una bala en la cabeza Pedro. ¡Fóllame coño!

-Tranquila por favor, no nos alteremos. Me cuesta intentarlo.

-Si no me altero Pedro- incide en esas más que predecibles aproximaciones, al tiempo detenido.

-A lo mejor es que es muy pronto- afirmo, instalado en la complejidad de su dependencia y el sexo.

-Las niñas de hoy, líderes del mañana, decía mi abuela- comenta con el poder de quien tiene el mando, inmóvil sombra que persiste. -Yo ya me quité el cinturón pájaro. A ver si es que tú eres un vecinito de esos, de la acera de enfrente- provoca.

Yo soy los azotes del mal consumir. No la contento. No soy su sangre. Suspiro...